

LOS NIÑOS MALTRATADOS Y SUS FAMILIAS. ALGUNAS INDICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN DEL TRABAJADOR SOCIAL

MARÍA JOSÉ ESCARTÍN CAPARRÓS

Profesora titular Trabajo Social. Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales.
Universidad de Alicante.

La paliza no significaba nunca un espontáneo arrebato de cólera. Empezaba con una mirada que me convertía en un mal bicho. Y luego el silencio en el que aún no había nada decidido y en el que, sin embargo, ya no había ninguna escapatoria. No se admitían pretextos, explicaciones o disculpas. El delito estaba allí, desde la mancha de plátano en el vestido, hasta el no querer comer.

Waltraud Anna Mitgutsch, «Entre mujeres».

I. INTRODUCCIÓN

El párrafo anterior ilustra la terrible desolación y desconcierto de un niño que es apaleado por sus padres. La confusión y la frustración le acompañarán siempre, incluso cuando tenga sus propios hijos.

La violencia doméstica es una verdadera crisis para aquellos que sufren sus consecuencias, hasta el punto que, en 1961, Kempe y Kempe acuñaron el término «síndrome del niño maltratado».

Por otra parte, ninguna comprensión moderna de los malos tratos a los niños fundamenta su existencia en una sola causa: factores como la situación económica y social de un grupo, las características bio-psico-sociales de una familia, el temperamento de los padres o la conducta de los niños, cada uno de estos factores aislados, no explican, por sí mismos, las situaciones de malos tratos en nuestra sociedad.

Así, pues, parto de la premisa de que los malos tratos infantiles es un fenómeno multicausal y variado que reviste múltiples formas. Desde este supuesto, se puede afirmar que por malos tratos se entiende toda acción que lesione los derechos del niño, donde quiera que se dé;

desde los círculos más particulares e íntimos (familia, barrio) hasta el contexto general de la sociedad y el Estado.

La sociedad maltrata cuando las condiciones generadas por la pobreza impiden a la familia y a los padres satisfacer las necesidades básicas de sus hijos; cuando por su forma de organización y estilo de vida permite que en su interior existan situaciones de extrema pobreza en contraste con grupos que gozan y abusan de todos los privilegios. La pobreza y la riqueza extremas facilitan que se den conductas y costumbres que son formas de maltratar a los niños.

Los medios de comunicación maltratan cuando utilizan al niño como objeto de publicidad. Las escuelas, hospitales, centros de protección maltratan cuando las normas de disciplina que aplican lesionan la integridad física o emocional de los niños, o cuando su relación con ellos no es la relación con una persona que piensa, sino con un objeto al que hay que imponer educación, salud o cuidado.

El Estado y los Gobiernos maltratan cuando no definen políticas adecuadas a la defensa y mejora de las condiciones de vida de los niños y sus familias; cuando en sus presupuestos no son aquellas prioritarias; cuando no revisan las legislaciones para castigar a quienes maltratan a los niños y cuando dictan normas que, en lugar de rehabilitar, reprimen.

Pero también, y frecuentemente, maltrata la familia. Es de esta forma de violencia infantil de lo que trata este artículo. Es en el interior de la familia donde se reproducen todas o gran parte de las formas sociales de malos tratos anteriormente apuntadas. Es ahí donde los adultos tomamos nuestra «revancha» para desquitarnos de las múltiples injusticias y violencias de las que somos objeto en los otros ámbitos sociales. Y son los niños, por su indefensión, las víctimas inocentes, objeto de esa «cultura maltratante» de nuestra sociedad.

II. ALGUNOS CONCEPTOS RELACIONADOS CON LAS FAMILIAS ABUSADORAS.

Los malos tratos físicos o mentales pueden darse en cualquier familia, independientemente de su status social o económico, aunque si bien es cierto que, cuando a unas características psicológicas determinadas se le unen variables de privación económica y falta de recursos, el problema se acrecienta. En cualquier caso, lo determinante no es sólo el factor económico, como veremos a continuación.

Diversos autores (Gil, 1973, Steele, 1976, Allen, 1994) coinciden en señalar algunas características que suelen encontrarse de manera

más o menos coincidente en familias de niños maltratados:

- 1) Simbiosis: es un lazo físico o emocional con el propósito de la supervivencia. Otros autores (Bowlby, 1969, Ainsworth, 1970, Lamb, 1985) denominan esa tendencia por mantener la proximidad hacia la persona/personas con las que se está vinculado con el término «apego». Un niño pequeño tiene que depender de su madre/padre para sobrevivir. Si ese lazo es insuficiente o inadecuado, el niño crecerá con carencias. Las familias abusadoras se caracterizan por ofrecer un apego lábil o inestable a los niños.
- 2) Aislamiento: como consecuencia de experiencias dañinas e inadecuadas en sus relaciones con los propios padres, o con la sociedad, en general, los padres golpeadores se caracterizan por el aislamiento social y emocional.
- 3) Falta de control: los padres que en su infancia fueron a su vez víctimas de malos tratos tienen dificultades para controlar sus reacciones y descargan en sus hijos su rabia y sus frustraciones.
- 4) Paro: suele ser un acontecimiento que desata los malos tratos hacia los hijos, ya que, generalmente, las personas con situaciones prolongadas de falta de trabajo tienen una autoestima muy baja, se sienten humillados y desesperados, con su competencia en tela de juicio por el resto de personas de la familia, amigos y por la sociedad en general.
- 5) Comunicación de pareja: en el caso de padres golpeadores también se dan conflictos en la comunicación, fracasando como esposos, ya que no cubren las necesidades y expectativas del uno por el otro.
- 6) Desarrollo y educación de los hijos: los padres abusadores desconocen que sus hijos tienen diferentes necesidades, demandas emocionales y problemas, según la edad que tengan, y que ellos deben responder de manera flexible a esas diversas necesidades como parte de la educación.

III. INDICADORES DE LOS MALOS TRATOS

Generalmente, cuando hablamos de malos tratos, evocamos a un niño golpeado, pero el problema es más complejo. Los malos tratos pueden referirse, evidentemente, a la violencia física o al abandono físico que son más o menos detectables desde fuera, pero también significa otras formas de violencia más sutiles y con efectos devastadores para la personalidad y la integridad del niño, esto es, abandono emocional, maltrato y vejaciones emocionales y explotación y abusos sexuales.

Los niños maltratados presentan una serie de características o indicadores de que son víctimas de malos tratos:

- Hemorragias subdurales y fracturas varias de los huesos largos, debidas a traumas físicos repetidos.
- Quemaduras, contusiones y accidentes viscerales.
- Melancolía, retraimiento y aislamiento social.
- Recelo y desconfianza hacia los adultos.
- Sumisión.
- Comportamientos compulsivos y destructivos en ocasiones.
- Ansia por agradar a los adultos.
- En 1961, Kempe habla del «síndrome del niño golpeado».

IV. CARACTERÍSTICAS PSICOLÓGICAS DE LOS PADRES GOLPEADORES

El rasgo más frecuente en las historias de familias abusadoras es la repetición transgeneracional de una pauta de actos violentos, negligencia o privación del cariño parental.

Los padres que maltratan, generalmente, son jóvenes, inmaduros emocionalmente y, frecuentemente, con relaciones inestables y violentas, con un nivel de tolerancia a las frustraciones muy bajo.

Entre las características más importantes, podemos destacar:

- 1) Falta de confianza básica, en sí mismos y en otros, que da como resultado:
 - inseguridad emocional extrema,
 - inmenso sentimiento de desvalorización,
 - miedo al rechazo,
 - vulnerabilidad, por los anhelos de independencia no resueltos
 - defensas fuertes, principalmente: hostilidad, negación y apatía.
- 2) Sentido maternal:
 - atienden bien físicamente al niño,
 - inhabilidad para «alimentar emocionalmente» y de manera protectora,
 - quieren que el niño les compense por su dependencia y ternura emocionales,
 - a veces, ven al niño como perseguidor que les critica; otras veces se identifican con el niño llorando y les golpean para castigar su «propio ser malo»,
 - a veces, los padres compulsivos y llenos de obsesiones demandan prestaciones irreales por parte del niño en cuanto a su edad y desarrollo.

- 3) Identificación con el agresor: estos padres se identifican con sus propios padres sádicos e infligen a sus hijos las heridas que ellos recibieron. Repiten patrones de comportamiento aprendidos en su infancia.
- 4) Falta de fuerza, de poder:
 - nunca percibieron que sus sentimientos y deseos tenían importancia; no creen que ellos puedan influir para mejorar o cambiar sus destinos,
 - esto influye sobre la unión del marido con la mujer cuando golpean,
 - es muy raro que pidan ayuda, aunque no carecen de autoayuda; atascan incluso a la persona que intenta ayudarles.
- 5) Escaso poder de control:
 - esto es lo que desencadena la reacción repentina de rabia dirigida contra el niño y tiene su raíz en frustraciones de su propia infancia;
 - a veces, su agresividad se mantuvo a nivel primitivo, no modificado por experiencias de cariño y control parental;
 - los sentimientos y fantasías son «actuado» y no verbalizados.
- 6) Celos:
 - estos padres experimentaron los celos de sus propios padres. Repiten este comportamiento y están celosos ante cualquier señal de cariño dado a sus hijos o cónyuge,
 - tienen miedo de establecer alguna relación porque piensan que despertará envidia,
 - este miedo es actuado durante el tratamiento.

Además, de todas las características enumeradas, las familias abusivas sostienen a nivel inconsciente una serie de creencias irracionales que mantienen un contexto de malos tratos. Ellis (1973) describe esas creencias como pensamientos erróneos que el profesional deberá trabajar a través de una terapia racional cognitiva para desterrarlos.

Esas creencias irracionales que coadyuvan en la situación de maltrato infantil son las siguientes:

- «Si mi hijo llora o se porta mal, o no hace lo que yo quiero, no me ama y soy un mal padre».
- «Mi hijo debería saber lo que quiero y lo que no quiero».
- «Mi hijo debería cuidarme como yo lo hice con mis padres».
- «Mi marido/mujer debería saber lo que quiero y responder a mis necesidades».
- «Si se lo tengo que pedir, soy un fracasado».

V. ALGUNAS INDICACIONES DE TRATAMIENTO

El aspecto preventivo es muy importante y, a veces, el profesional que tiene una relación con una familia (por ejemplo, familias dependientes de Servicios Sociales) y que ya ha detectado signos de disfuncionalidad en la misma, puede estar atento al reconocimiento de algunos signos de peligro en las familias:

1. Hay padres que expresan sentimientos extremos de enojo, angustia y malestar cuando el niño llora. Si a esos indicadores conductuales se les une alguna de las características enunciadas acerca de las familias golpeadoras, existe una situación de riesgo, ya que se comportan con:

- accesos de rabia incontrolada y deseos de golpear para que el llanto cese;
- educan al niño para que sea «bueno» demasiado temprano y con una impaciencia agresiva;
- desarrollan un miedo anormal de mirarlo.

Estos padres suelen racionalizar su conducta diciendo que tienen que imponer su autoridad inmediatamente porque si no el niño va a poder con ellos.

2. A veces tienen miedo de quedarse durante la noche solos con el niño. La madre confiesa muchas veces que ella fue la «víctima» en su familia, la mala. Siente que nunca podrá hacerlo «bien» y que su hijo la odia también por esta razón.
3. Cuando el niño es difícil o llora mucho, existen riesgos de golpes en los momentos del baño, biberón, cambio de pañales... Muchas veces el niño «designado» no fue deseado o llegó cuando los padres tenían otros problemas, o es el enfoque para las fuertes proyecciones negativas de los padres.
4. Cuando el cónyuge sufrió privaciones en su familia de origen o en su matrimonio, puede pensar que el niño tiene que darle compensaciones.
5. Cuando el «padre golpeador» es el hombre, suelen ir asociadas situaciones de paro o enfermedad en su historia social, con sentimientos de desvalorización. Cuando el niño llora, puede desencadenar la rabia destructiva y vengadora.

El profesional que interviene en situaciones de maltrato infantil tiene que ser enormemente cuidadoso, ya que el trabajo en este contexto es muy difícil. Carpenter y Treacher (1994) indican algunas formas de comportamiento equivocadas de los profesionales. A veces, adoptan en su relación con estas familias la «norma del optimismo» con la esperanza no realista de que las circunstancias familiares mejo-

ren y desaparezcan los malos tratos, ya que se sienten inseguros, son los que Dale y colegas (1983) denominan «profesionales peligrosos»; en otros casos, adoptan un papel de salvadores, culpando a los padres, con el riesgo de perderlos para el tratamiento y abandonando la neutralidad terapéutica. Sin embargo, lo que es claro, en mi opinión, es que, en primer lugar, deben socorrer a la víctima, es decir, solicitar a jueces y autoridades competentes que separaren al niño transitoriamente de sus padres para asegurar su integridad física y mental.

A partir de ahí, el trabajador social que interviene en este tipo de situaciones debería tener en cuenta las siguientes consideraciones:

- El trabajador social tiene una gran responsabilidad, ya que puede cambiar el futuro del niño al separarlo de su familia.
- Tiende a identificarse con el niño, por lo tanto, deberá controlar su conducta, usándose a sí mismo para sentir como siente el niño.
- No interesarse demasiado por el niño para no intensificar la rivalidad y hostilidad de los padres.
- El trabajador social tiene que saber que va a trabajar en un clima hostil, camuflado a veces por una complacencia temporal externa de los padres.
- Debe saber usar la capacidad de contención, aceptando la actitud de rechazo de los padres.
- Tiene que ayudar a los padres golpeadores a verbalizar la agresividad, no a actuarla.
- Debe ayudar a los padres a contemplar a su hijo como realmente es, con sus cualidades y sus defectos.
- Debe ayudar a los padres cuando están atormentados por el miedo al castigo, apoyándolos y deshaciendo fantasías.
- Debe trabajar con los padres para ayudarles a experimentar el dolor por la situación de malos tratos infringidos a sus hijos (esto incluye ayudarles a perdonarse a sí mismos).
- Si se consigue romper el círculo de crueldad, el trabajador social pasa a ser un padre de sustitución y puede ofrecer una experiencia de cariño parental más positiva que la que el golpeador tuvo en su infancia.

VI. CONCLUSIONES

Aunque al principio se ha dicho que los malos tratos se dan en cualquier ambiente y clase social, hay unos factores ambientales que incrementan la rabia y la impotencia y, por tanto, el deseo de golpear y castigar: el paro y las dificultades económicas; la vivienda en malas condiciones; el aislamiento social; el abandono de los mismos padres (real o simbólico) cuando estos eran niños.

Cuando se empieza a trabajar con estos padres golpeadores y sus hijos, el profesional tiene que ser consciente de que tiene un poder inmenso: el de separar al niño de sus padres y, por tanto, una enorme responsabilidad, ya que la decisión que tome tendrá importantes consecuencias para la vida del niño.

Derivado de lo anterior, es muy necesario, para los profesionales que tratan estos problemas, la supervisión de apoyo y educativa que abarque también las respuestas emocionales del propio profesional, ya que con estos clientes las emociones son muy poderosas (su compasión por el niño, su deseo de castigar a los padres, etc.). Estas respuestas emocionales son una proyección inconsciente de lo que sucede en la mente de los padres.

Estos procesos se verán reflejados en la relación supervisor/profesional y son, básicamente, ansiedad, terror, sexualidad, agresividad... Todos estos sentimientos provienen del cliente que, inconscientemente, llama la atención sobre sus miedos; si el profesional los comprende habrá alivio y menos actuaciones compulsivas. En cualquier caso, hay que subrayar que es muy incómodo recibir estas poderosas proyecciones inconscientes.

Por último, advertir que, para los niños, en estas familias, además de los golpes y los riesgos que implican, existen otros peligros físicos, emocionales y sexuales (delincuencia, drogadicción, abandono, incestos, falta de limpieza, desnutrición...).

Por todo lo expuesto, el trabajo con los niños golpeados y sus padres requiere una gran delicadeza por parte del profesional por la situación de alto riesgo que implican esas problemáticas, por lo que habría que considerar: primero protección y después intervención.

BIBLIOGRAFÍA

- AINSWORTH, M.D.S. y cols. (1978): *Patterns of Attachment: A psychological study of the strange situation*. Hillsdale, Erlbaum Associates, Inc. Publishers.
- ALLEN, D. (1994): *A Family Systems Approach to Individual Psychotherapy*. New Jersey, Aronson, p. 110.
- BOWLBY, J. (1969): *Attachment and Loss*. vol. 1, London, Hogarth Prees.
- CARPENTER, J. y TREACHER, A. (1993): *Problemas y soluciones en terapia familiar y de pareja*. Barcelona, Paidós, p. 152.
- ELLIS, A. (1973): «*Rational-emotive therapy*» en L. Herscher (dir.), *Four psychoterapies*, N. York, Appelton-Century-Crofts.

- GIL, D. (1973): *Violence against children: Physical Abuse in the United States*. Cambridge, Harvard University press, pp. 75-78.
- HERTHOGUE, A.M. (1986): *Seminario sobre Trabajo Social Familiar* (apuntes ciclostilados).
- KEMPE, R.S. y KEMPE, C.H.: *Niños maltratados*. Barcelona, Morata Ediciones.
- LAMB, M.E. y cols. (1986): *Infant mother attachment: the origins and developmental significance in strange situation behaviour*. Hillsdale, Erlbaum Associates, Inc. Publishers.